

el pueblo y las milicias se concentran. Varios contingentes, incluso uno de mujeres, abandonan precipitadamente el poblado. Algún tipo de alerta los hecha a rodar. Los organizadores retiran rápidamente el estrado. Uno recuerda entonces que aquí hay un estado de guerra. Los galanteos del baile, aunque se daban en un ambiente de morir por la patria, no conseguían poner melancólicas a las parejas. Brusco final.

Al abandonar los territorios controlados por el EZLN, en el primer retén del Ejército Mexicano, los soldados llevan chalecos antibalas y se muestran alertas, nerviosos, según aceptan. Hay rumores en Ocosingo de que los zapatistas atacarán, mientras éstos dan a entender con frecuencia que temen un ataque del Ejército Mexicano. El conflicto chiapaneco tiene mecha, eso lo sabemos. Y alrededor hay chispas. Como saben los estibadores en los puertos, existen puntos que dicen "manéjese con cuidado." Chiapas es un paquete de esos.

#### HERMANN BELLINGHAUSEN ZINSER

Nació en el D.F. 1953, médico por la U.N.A.M. Hizo estudios de letras y música. Es profesor de ecología humana en la Facultad de Medicina de la misma Universidad. Colaborador de *Solidaridad*, *Punto*, *Uno más uno*, *La Jornada* y otras publicaciones. Editor de *Nexus* (1979), coautor del *Desafío mexicano* (Océano, 1982), *México en 500 libros* (1983) y *El obrero mexicano* (1984). Autor del volumen de poesía *La hora y el resto* (1981) y *Crónica de multitudes* (Océano 1987).

#### Huarapo

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

#### Afectuosamente para Miguel Martínez Rendón

¿Ves? Primero es huarapo.... después, cachaza, luego melado, después melcocha, por último piloncillo.

La voz de mi padre se oía entre el bufar de los émbolos.

Me llevaba de la mano recorriendo los departamentos del enorme trapiche. Su voz era insinuante. Se notaba a leguas su afán de enseñarme.

-Aquellos son los moldes. Allí están los peroles... esos hombres desnudos son los batidores... tienen la piel curtida, la cachaza hirviendo no les levanta ampollas.

Y pasaban corriendo cerca de nosotros muchos hombres encuerados hasta medio cuerpo. Los calzoncillos de manta delgada se enrollaban hasta muy cerca de las ingles. Sus plantas desnudas, sudorosas, se estampaban sobre el piso negruzco.

-Allá está el molino.

Fuimos hasta allá

-Esta es la caldera. Sigamos la banda para que conozcas la muela. Te va a interesar.

Y seguimos la banda.

Mi padre hablaba; pero el ruido del molino opacó su voz. En adelante no pude escuchar lo que dijo.

Llegamos a la muela.

Medrosamente me apreté a sus piernas. Dos enormes cilindros giraban uno sobre el otro. Diez peones, con sus vientres protegidos por recios mandiles de cuero, alimentaban la gran máquina. Gruesos tercios de caña morada desaparecían entre los dos cilindros, produciendo ruidos que daban calosfrío. Parecían quejidos humanos.

Mi padre gesticulaba como queriendo comunicarme algo interesante. Yo entendí: quería que fijara mi atención en aquella enorme muela, en aquella máquina gigante a la que no sé qué de trágico le encontré desde el momento en que la vi. Hice con la cabeza un signo de asentimiento. Mi padre se tranquilizó.

Dimos una vuelta alrededor del estridente aparato.

Por un costado salía el bagazo completamente prensado.

Muchos hombres cargaban con él y lo llevaban a secar hasta los enormes patios soleados. Por el otro lado una cascada de líquido zarco, delgado, corría haciendo burbujas.

-¡Ese es el huarapo!-gritó mi padre a mi oído.

-¡Ah, el huarapo!- murmuré. Un peón escogió para mí la caña más tierna. Me obsequió con ella y sonrió tristemente cuando pasó su manaza torpe sobre mi cabeza. Después me tomó por el hombro y me condujo a un lejano rincón de la fábrica. Allí apenas llegaban los ruidos; pero la muela gigantesca y sus operarios se veían perfectamente.

Mi padre, recargado contra el muro descascarado, me dijo la cruel historia:

-Una mañana, cuando el trapiche empezaba a trabajar, Estanislao, el viejo mayordomo, paseaba vigilante muy cerca de la muela. El viento jugueteaba con las largas puntas de su jorongo pintado a colorines. En una de tantas vueltas el aire sopló más fuerte y las puntas del jorongo de Estanislao fueron cogidas por los cilindros. La polea giraba a toda tensión, el mayordomo trató en vano de quitarse el gabán; gritó pidiendo auxilio; algunos corrieron en su ayuda; pero la gran máquina se lo tragó con la facilidad con que se traga los tercios de caña morada.

Cuando los peones rodearon la muela, el huarapo se había convertido en sangre, y los bagazos salían revueltos con carne molida. Algunos piadosos recibían en botes de petróleo las entrañas machacadas. Pararon la máquina; pero el huarapo enrojado ya había llegado al gran tanque de depósito.

El mecánico llevó la noticia al patrón. Llegó jadeante a su presencia.

-¡Señor, algo grave aconteció en la fábrica!

-¿Qué, otra flecha rota?

-No patrón, algo peor, una cosa horrible. . .

-¿Se reventó la banda?

-No, señor, Estanislao el mayordomo fue remolido por la muela.

-¡Ah!- respiró. Agachó de nuevo su cabeza para terminar el asiento que había empezado en el libro de deudores.

-¡Bueno, qué le vamos a hacer; Dios lo tenga en su gloria!

Pero tú te has quedado como bruto . . . ¡Qué esperas, vete . . . recojan los restos que salgan por la boca del bagazo . . . y que lo entierren!

-Pero patrón, la sangre ha llegado hasta el tanque de depósito, no ha sido posible detenerla, yo. . .

-¡Cómo! ¿Pero qué dices, animal? Que la sangre ha. . . ¿Sabes que ese descuido me significa la pérdida de toda la molienda del día?

-¡Señor! . . . !

-¡Nada, ordena que sigan trabajando! ¡Yo no puedo perder. . . Vamos!

Y vinieron ambos al trapiche.

Los peones permanecían aún alrededor de la muela.

Algunos sacaban con palas los despojos de Estanislao.

-¡Pobre Tanilo! -decían- ¡y deja familia!

-¡Bueno, muchachos, a trabajar . . . y sea por Dios! -dijo el amo al llegar.

Los peones aún con la terrible impresión pintada en el semblante, fueron cada uno a sus puestos.

-¡Vamos, echa la fuerza!, gritó el propietario. Y la polea giró arrancando a los cilindros su chirriar escalofriante. Por el conducto del bagazo salieron los últimos pedazos de carne machacada.

Del canal del huarapo sólo salió sangre, que caía haciendo burbujas en el gran tanque de depósito.

-¡Metan caña, plebe... Yo no puedo perder! ¡Vamos!

Diez hombres, como ahora, alimentaron de nuevo la enorme muela, la caña morada salía convertida en bagazo y huarapo. El líquido zarco, espumoso, empujaba hasta el tanque el último cuajarón de sangre.

-¡Vamos, que no es posible perder veinte arrobas de piloncillo por una torpeza! ¡Que lleven luego esos botes a la casa de la viuda para que ella dé sepultura a su difunto...! ¡Pero pronto, pronto, no hay que gastar el tiempo como quiera...! ¡Vamos! Pero

La gran muela siguió tragando tercio tras tercio de caña; de vez en vez salía entre el bagazo algún guñapo del gabán de colorines de Estanislao.

Al otro día fueron diez peones en comisión a ver al amo. Lo encontraron como siempre echado sobre el libro de caja. Vio por encima de los lentes a los comisionados; pero no les habló sino hasta que terminó su apunte.

-¡Qué hay! gritó secamente.

¡Tío Tanasio, hable usted! -dijo uno de los peones dirigiéndose al más viejo.

-No, mejor Florentino, es el más letrao -contestó el viejo. Florentino que había estado en el Norte y su prestigio de 'letrado' se fincaba sólidamente en el uso de pantalones de mezclilla y zapatos anchos, se adelantó, y tomando su sombrero por el ala lo hizo girar entre las manos para decir;

-Bueno... yo y la compañía hemos sido mandados por los demás para ver si usted le da algo a la viuda y a los chiquillos de Estanislao, la probe ha quedado muy atrasada y ...

-¡Oh, no sigas! -dijo el patrón haciendo un gran gesto de entendimiento- ya sé lo que quieren... una compensación. Eso lo aprendiste tú en el Norte, ¿no? Muy bien... ¡una compensación! La hacienda sabrá recompensar ampliamente a la familia de su peón que muere en el trabajo. ¡La viuda tiene derecho! ¡Tiene derecho!

Tosió, y mientras se rascaba la nuca dijo al empleado del escritorio.

-A ver Casillas, deme la nota de las moliendas.

El empleado le entregó un libro pringoso y de gran volumen. El patrón su sumió en un mar de sumas y restas.

Después dijo enseñando sus dientes negros por el tabaco.

-¡Ah, ja! Con que una compensación... Muy bien. Mire, Casillas, ordene que le entreguen a la viuda el importe de media arroba de piloncillo, precisamente del que salió ayer... En eso aumentó la molienda; fue por la sangre de Estanislao que pasó hasta el tanque del depósito... ¡Tiene derecho la viuda!... ¡Media arroba!. ¿eh? -Y dirigiéndose a los peones - muchachos: hoy les complazco porque quiero que esto les sirva de estímulo... ¡Tú, Florentino, desde mañana te quitas esos pantalones y esos zapatos; huarache y calzón blanco es lo que aquí debe usarse; no quiero que hombres vestidos como tú andas me vengán a inquietar la gente... ¡Si no te parece puedes largarte otra vez al Norte, y allá si se te antoja, estira la pata para que te den compensación! ¡Ahora a trabajar todo el mundo que la muela siempre está hambrienta! ¡Vamos, vamos, no hay que perder el tiempo en cualquier cosa!

Y los peones salieron con la cabeza inclinada sobre el pecho, arrastrando penosamente sus huaraches sobre las baldosas del piso.

Los arrieros de tierra fría, al pasar por el jacal de Estanislao, obsequiaron a la viuda con un puñado de piloncillo. Ella lo recogió en un paliacate y lo colgó en el rincón de su casucha. Debajo ardió mucho tiempo una lámpara de aceite.

El cura vino a bendecir el trapiche. Roció la muela con agua bendita, con mucha agua bendita... pero no la suficiente para borrar las manchas que aún se ven cerca del canal del huarapo.

-¿Conque no se te ha olvidado la lección?... ¡Vamos a ver!

-No, no se me ha olvidado, papá... primero es huarapo, después cachaza, después... después...

**Nota:** Ver datos biográficos en la página 163.

## A Nuevo León JESÚS GARZA FLORES

Nuevo León, bella Sultana  
iris de paz y de gloria,  
astro de luz en la historia  
de la Patria Mexicana:  
levanta tu frente ufana  
y mira si te recrea  
la aurora que centellea,  
la nueva generación,  
recibir la comunión  
en el altar de la idea.

Tú que has roto la muralla  
del error, del retroceso;  
que en tu rápido progreso  
no encuentras dique ni valla;  
que tus campos de batalla  
en los que luchas y velas  
son, el taller, las escuelas,  
la sementera, el granito,  
lo profundo, lo infinito...  
Nuevo León, ¿adónde vuelas?

La guerra, sueño profundo,  
hoy duerme en los patrios lares:  
¡bastó la gloria de un Juárez,  
para escarmiento del mundo!  
La paz, ese Dios fecundo  
en dones para la tierra,  
ató a tus plantas la guerra  
y hoy es la guerra tan sólo,  
llegar de la ciencia al polo  
tras de los bienes que encierra.

Y en ese viaje sin nombre  
hoy van unidas y ufanas  
dos paralelas humanas:  
¡oh, sí!, la mujer y el hombre.  
Nada temáis, no os asombre:  
que el estudio y la vigilia  
bien la mujer los concilia  
con la virtud y el decoro...  
y tendrá un cimiento de oro  
el templo de la familia.

La mujer y el hombre vienen  
al mundo de igual manera:  
un mismo fin les espera  
y un mismo principio tienen.  
Las teorías que sostienen,  
que aún viva en la sociedad  
la odiosa desigualdad  
entre el hombre y la mujer,  
no tienen razón de ser:  
las repulsa la verdad.

Naturaleza sus dones  
dio a uno y otra iguales:  
inteligencia, ideales,  
deseos y aspiraciones.  
¿Por qué razón o razones  
de absurdo filosofismo  
no deben saber lo mismo,  
nutriendo su inteligencia,  
en las artes y la ciencia?  
¿Por miedo?, ¿por egoísmo?

¡Oh, tú, Nuevo León: no aplaces  
tu poder y tu grandeza;  
ya vez que lo grande empieza  
por construir sólidas bases.  
Difunde la luz, cual lo haces,  
de la instrucción: es preciso;  
contemplantas de improviso  
al hombre, sabio profundo,  
a la mujer, Dios del mundo  
y al hogar en paraíso.

¡Que brilles siempre en la historia  
de nuestros patrios anhelos!  
¡La gloria alumbre tus cielos  
en tu lucha por la gloria!  
Yo, al evocar tu memoria,  
tu hidalguía, tu entereza...  
me inclino ante tu grandeza,  
al ver con qué majestad  
el Sol de la Libertad  
ilumina en tu cabeza!

### JESÚS GARZA FLORES

(1859-1921) Nació en Salinas Victoria, Nuevo León. Fue un auténtico poeta de juventud y como miembro del grupo de Enrique Gorostieta contribuyó al desarrollo de la literatura local en la década 1875-1885.

En el momento de su formación literaria se halló con el principio de las nuevas tendencias poéticas y el final de los romances de la Guerra de Reforma. No reunió su obra en libro, aunque colaboró profusamente en *Flores y frutos* y la revista, *El jazmín* y el *Horario*.

## La mujer

JUAN BOSCH

La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve vida. El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo -un rojo que se hizo blanco. Tornóse luego transparente el acero blanco, y sigue ahí sobre el lomo de la carretera.

Debe hacer muchos siglos de su muerte. La desenterraron hombres con picos y palas. Cantaban y picaban; algunos había, sin embargo, que ni cantaban ni picaban. Fue muy largo todo aquello. Se veía que venían de muy lejos; sudaban, hedían. De tarde el acero blanco se volvía rojo; entonces en los ojos de los hombres que desenterraban la carretera se agitaba una hoguera pequeñita, detrás de las pupilas.

La muerte atravesaba sabanas y lomas y los vientos traían polvo sobre ella. Después aquel polvo murió también y se posó en la piel gris.

A los lados hay arbustos espinosos. muchas veces la vista se enferma de tanta amplitud. pero las planicies están peladas, Pajonales, a distancia. Tal vez aves rapaces coronen cactus. Y los cactus están allá, más lejos, embutidos en el acero blanco.

También hay bohíos, casi todos bajos y hechos con barro. Algunos están pintados de blanco y no se ven bajo el sol. Sólo se destaca el techo grueso, seco, ansioso de quemarse día a día. Las canas dieron esas techumbres por las que nunca rueda agua.

La carretera muerta, totalmente muerta, está ahí, desenterrada, gris. La mujer se veía, primero como un punto negro, después como una piedra que hubieran dejado sobre la momia larga. Estaba allí, tirada, sin que la brisa le moviera los harapos. No la quemaba el sol; tan sólo sentía dolor por los gritos del niño. El niño era de bronce, pequeñín, con los ojos llenos de luz, y se agarraba a la madre tratando de tirar de ella con sus manecitas. Pronto iba la carretera a quemar el cuerpecito, las rodillas por lo menos, de aquella criatura desnuda y gritona.

La cada estaba allí cerca, pero no podía verse.

A medida que se avanzaba, crecía aquello que parecía una piedra tirada en medo de la gran carretera muerta. Crecía, y Quico se dijo: "Un becerro, sin duda, estropeado por auto."

Tendió la vista: la planicie, la sabana. Una colina lejana, con pajonales, como si fuera esa colina sólo un montoncito de arena apilada por los vientos. El cauce de un río; las fauces secas de la tierra que tuvo agua mil años antes de hoy. Se resquebrajaba la planicie dorada bajo el pesado acero transparente. Los cactus, los cactus, coronados de aves rapaces.

Más cerca ya, Quico vio que era persona, Oyó distintamente los gritos del niño.

El marido la había pegado. Por la única habitación del bohío, caliente como horno, la persiguió, tirándola de los cabellos y machacando a puñetazos su cabeza.

-¡Hija de mala madre! ¡Hija de mala madre! ¡Te voy a matar como una perra, desvergonsá!

¡Pero si nadie pasó, Chepe; nadie pasó! -quería ella explicar.

-¿Qué no? ¡Ahora verá!

Y volvía a golpearla.

El niño se agarraba a las piernas de su papá. El veía la mujer sangrando por la nariz. La sangre no le daba miedo, no, solamente deseos de llorar, de gritar mucho. De seguro mamá moriría si seguía sangrando.

Todo fue porque la mujer no vendió la leche de cabra, como él se lo mandara; al volver de las lomas, cuatro días después, no halló el dinero. Ella contó que se había cortado la leche; la verdad es que la bebió. Prefirió no tener unas monedas más a que la criaturita sufriera hambre tanto tiempo.

Le dijo después que se marchara con su hijo:

-¡Te mataré si vuelves a esta casa!

La mujer estaba tirada en el piso de tierra; sangraba mucho y nada oía. Chepe, frenético, la arrastró hasta la carretera. Y se quedó allí, como muerta, sobre el lomo de la gran momia.

Quico tenía agua para dos días más de camino, pero casi toda la gastó en rociar la frente de la mujer. La llevó hasta el bohío, dándole el brazo, y pensó en romper su camisa listada para limpiarla de sangre. Chepe entró por el patio.

¡Te dije que no quería verte más aquí, condená!

Parece que no había visto al extraño. Aquel acero blanco, transparente, le había vuelto fiera, de seguro. El pelo era estopa y las córneas estaban rojas.

Quico le llamó la atención, pero él, medio loco, amenazó de nuevo a su víctima. Iba a pegarla ya.

Entonces fue cuando se entabló la lucha entre los dos hombres.

El niño pequeñín, pequeñín, comenzó a gritar otra vez; ahora se envolvía en la falda de su mamá.

La lucha era como una canción silenciosa. No decían palabra. Sólo se oían los gritos del muchacho y las pisadas violentas.

La mujer vio cómo Quico ahogaba a Chepe: tenía los dedos engarfiados en el pescuezo de su marido. Este comenzó por cerrar los ojos; abría la boca y le subía la sangre al rostro.

Ella no supo qué sucedió; pero cerca, junto a la puerta, estaba la piedra; una piedra como lava, rugosa, casi negra, pesada. Sintió que le nacía una fuerza brutal. La alzó. Sonó seco el golpe. Quico, primero soltó el pescuezo del otro, luego dobló las rodillas, después abrió los brazos con amplitud y cayó de espaldas, sin quejarse, sin hacer un esfuerzo.

La tierra del piso absorbía aquella sangre tan roja. tanabundante. Chepe veía la luz brillar en ella.

La mujer tenía las manos crispadas sobre la cara, todo el pelo suelto y los ojos pugnando por saltar. Corrió. Sentía flojedad en las coyunturas. Quería ver si alguien venía; pero sobre la gran carretera muerta, totalmente muerta, sólo estaba el sol que la mató. Allí, al final de la planicie, la colina de arenas que amontonaron los vientos. Y cactus, embutidos en el acero.

### JUAN BOSCH

(Dominicano, 1909). Refugiado político por 25 años. Vivió mucho tiempo en Cuba. Jefe del Partido Revolucionario Dominicano. Volvió a su patria en 1961, fue elegido presidente en 1963 y pocos meses después fue derrocado. Su obra se resume a: Una biografía de Hostos, una novela, *La Mañosa* (1963), varios tomos de cuentos publicados entre 1933 y 1964. Entre sus obras político-históricas se destacan, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1965), *Pentagonism a Substitute for Imperialism* (1968), *Composición social dominicana, historia e interpretación* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* (1970).

## La fuerza del hombre

OSCAR LIERA

PERSONAJES:El Doctor Gutierrez(no aparece) , LA ENFERMERA , la paciente, la mamá del doctor, el paciente , el vendedor , alguien . . .

Consultorio médico

LA ENFERMERA:(A la paciente)¿Tambien usted es la primera vez que viene?

LA PACIENTE:Sí señorita

LA ENFERMERA:¿Quiere darme sus datos por favor?

LA PACIENTE:Sí señorita , cómo no.

LA ENFERMERA :Escriba aquí: nombre, domicilio y edad.

EL PACIENTE: Ya terminé,aquí están mis datos.

LA ENFERMERA:Bueno,un momentito,cuando el doctor se desocupe usted sigue.

EL PACIENTE:Gracias.

La mamá:(A la paciente)Ay señora,permítame cortarle esa hebra de hilo que le cuelga.

LA PACIENTE:Muchas gracias.

La mamá:Es muy bonita la tela de su vestido ¿dónde la compró?

LA PACIENTE:En los almacenes Gloria.

LA MAMÁ:(A LA ENFERMERA)Ay mira tú muchacha,apunta ese nombre y que te diga a dónde derecho queda para que me lleve mi hijo o que me lleves tú , porque quiero comprar una tela de éstas para llevarle a la Armida Lafarga.

LA ENFERMERA:Ya conozco esa tienda.

LA MAMÁ:(A la paciente)Soy la mamá del doctor.

LA PACIENTE:Ay señora,pues mucho gusto.

LA MAMÁ:(A la paciente)Usted no es de aquí ¿verdad doñita?

LA PACIENTE:No , ¿se me nota?

LA MAMÁ:Claro , usted debe ser nortehña ; de Chihuahua o Nuevo León.

LA PACIENTE:Soy de Chihuahua.

LA MAMÁ:Ya ve , pues somos vecinas ; yo soy de Sinaloa , también mi hijo el doctor . Vine a pasar unos diyitas aquí a la

capital para estar con mi hijo , el doctor , pero yo me enfado mucho en esta ciudad . No conozco a nadie , ni a los que viven junto al departamento de mi hijo. Yo no sé cómo le gusta a mi hijo estar aquí ; ya terminó el estudio . Ay , la gente de aquí es muy cerrada ¿verdad? Aquí la señorita enfermera es de Tabasco , costehña también y alegre , por eso es que vengo acá a platicar con ella. (Al paciente)Espero que usted no se moleste si por si acaso es deste . . . , ¿cómo les dicen? , chilango

EL PACIENTE:No se apure,yo soy de Saltillo.

LA MAMÁ: Ay, pues qué bueno . Así podemos hablar con tranquilidad.

LA PACIENTE:(A LA ENFERMERA) ¿Tardará mucho el doctor, señorita?

LA ENFERMERA:No , creo que las personas que están dentro sólo vinieron a un chequeo preparatorio.

LA MAMA:Ay,pobre la viejita esa ¿verdad? (A la paciente) ¿Usted no lo vio entrar?.

LA PACIENTE:No, cuando llegué ya estaba ocupado el doctor.

LA MAMA: Ay, pues tiene quién sabe qué bocio en el cuello, y mire doñita ; le cuelga una papadona como de medio metro . Creo que mi hijo la va a operar . Ay , Dios no me castigue , pero yo creo que esa mujer era mala , o a lo mejor eso es obra de brujería . Mire nomás doñita , así de grande el recaudo que le cuelga.Para mí que está embrujada , y eso se le podría quitar muy fácil ; nomás que ellas tiene que matar un tecolote y sacarle la sangre y luego que se la unten en el bocio ese y que le soben con la panza de un sapo , y para que no se atilique , le tienen que dar un tecito de ruda con hojas de pantera . Pero mire , ¿gustarle a la viejita que la jueguneen los médicos? Yo no me dejo , ni aunque sea mi hijo ; que papateodoro o de esos nicolases , ni que exploraciones, ni nada . Todos mis hijos nacieron de parto natural , pero con una partera . Yo sí me cuido mucho de todo eso , mire doñita , hace tiempo tenía una úlcera y me la curé con puro cuachalalá , y no me dejé tocar la panza siquiera . Mientras que mi marido quién sabe qué masajes se dejó dar cuando estaba enfermo de la próstata.

LA PACIENTE:Ay sí , a mi me da mucha pena pero ni modo ; los médicos tienes, a veces , que ver a una , pues , hasta como Dios la echó al mundo . Ahorita con esa dolencia que tengo aquí , mire , por aquí y aquí en los riñones , ay , es un dolor que me pega y me sube por toda la espalda y a veces no puedo estar ni parada ni acostada ni de ningún modo.

LA MAMA:Igualito sentía yo , igualito . Y mire doñita ; se me quitó rápido con unas jamaqueadas que me dio mi marido con cáscara de limón real, cocidas con fuerza del hombre y ajete quemado. A los tres días de que se estan dando estas jamaqueadas, se orina en una jarrilla y se hierven los orines con hojitas de laurel, frescas las hojitas. Todo eso tiene que hacerse con la luna tierna. Luego los deja una noche que les dé el sereno, y al día siguiente, pa' dentro; se los toma. Esto se hace tres veces, cada vez que cambie la luna, y santo remedio.

LA PACIENTE:Ay, pero tomarse los orines . . .

LA MAMÁ:Qué tiene, son de una misma, qué asco le puede tener, además ni saben a nada.

LA PACIENTE:¿Y las cáscaras de limón deben de estar frescas o secas?

LA MAMÁ:No, no, fresquitas, fresquitas, fresquitas.

LA PACIENTE:¿Cuántos limones?

EL VENDEDOR:(Entra al consultorio)Buenos días, disculpe señorita ¿está el doctor . . . Gutiérrez, verdad?

LA ENFERMERA:Sí, está ocupado ¿gusta esperar? (Asiente con la cabeza y toma asiento.)

LA MAMA:(Que no ha dejado de escrutar al vendedor, dice a la paciente)Pues con unos veinte. ¡Ah! y si le pone grasa de camero es mejor porque así la manteca se agarra del pellejo. Que la sobe su marido o una mujer que tenga fuerza; allí donde tiene dolor, y duerma con una almohada debajo de la cintura. ¿Tiene marido?

LA PACIENTE: Sí.

LA MAMA: Bueno, pues mientras esté dentro de los días de la curación; tres para la jamaqueada, uno para orinar, otro para tomar la pócima y tres más de dieta duerma usted sola, ¿me entiende lo que le quiero decir?

LA PACIENTE: Ay, mi marido ya ni se acuerda de mí. Por eso ni se apure.

LA MAMA: Pues si lo quiere volver a tener es muy fácil: córtese las uñas y quémelas muy bien hasta que se hagan como un carboncito, eso muélalo muy bien con los dedos y échesele al café y de mí se va a acordar. Lo mejor, no hay otra cosa mejor, ni la famosa mostaza en granos que le echan a los zapatos del marido es tan bueno como eso. Cada quince días, más seguido hacen mal, cada quince días doñita y verá qué bien va a laborear.

LA PACIENTE: Ay, señora, muchas gracias, voy a seguir sus consejos. En cuanto haga la primera toma comienzo a darle las uñas a mi marido.

LA MAMA: Santo remedio, ya lo verá, santo remedio.

LA PACIENTE: (A LA ENFERMERA) Ay señorita, pues cancele mi cita con el doctor, voy a hacerle caso a la señora. (A la mamá) Muchas gracias señora ¿cuánto le debo?

LA MAMA: Ay mira nomás, no faltaba más que te fuera a cobrar. No, m'hijita, no es nada.

LA PACIENTE: ¿Y dónde puedo comprar las cosas?

LA MAMA: De eso si no sé nada, porque de aquí no conozco más que la Villita y el Chapultepec mentado, y nomás, ay tú y la Catedral.

EL PACIENTE: Creo que en la Merced hay puestos en donde venden hierbas y oraciones.

LA MAMA: Eso sí m'hijita, no reces nada, ni una oracioncita porque yo ya me di cuenta de que eso no sirve para nada.

EL PACIENTE: Oiga señora, fíjese que yo, a veces, tengo torzones que casi se me saltan los ojos y nada.

LA MAMA: ¡Ay! y para que veas. Es cierto que las oraciones no sirven, pero hay un santo muy milagroso que se llama San Martín de Porres y que es muy bueno para esas cosas. Mira m'hijito, un día yo estuve muy mala de los torzones así como tú dices y tomé las cáscaras de plátano con una gotita de candelilla en té, y nada, y luego tomé las ciruelas hervidas con aguamas y nada, entonces desesperada agarré la estampita de San Martín y me la llevé al baño y allí me la pasé por el estómago, y por acá, y por allá, y ayúdame negrito, y ayúdame querido de tu madre, y mira, como si hubiera obrado el milagro; al momento pude y me alivié de inmediato. Me alivié. La Elodia como ya no cree en los santos desde que le mataron los policías a su marido, dijo que había sido por el té de nuez moscada con naranja ácida que ella me había preparado en la mañana. Y mira, lástima que ya no tenga el santito ese, si no, lo mandaba pedir para regalártelo. Pero después supe que lo que es muy bueno para eso es la leche de chiva hervida con azúcar y limón.

EL PACIENTE: Oiga ¿y qué es bueno para la diabetes?

LA MAMA: El apomo m'hijito; no hay como las cáscaras de apomo. Se toma todos los días en ayunas. ¿Tú tienes diabetes?

EL PACIENTE: No, pero un tío mío, y se ha curado mucho... pero no se alivia.

LA MAMA: Pues dile eso, dile que tome la cáscara de apomo, que te lo dijo la mamá del doctor Gutiérrez.

LA PACIENTE: Ay señora cómo sabe cosas, debería de enseñarle todo eso a su hijo, porque mire: no hay como las curaciones con hierbas. Bueno, ya me voy. Señora no sabe cuánto le agradezco. (A LA ENFERMERA) Gracias señorita. (Sale)

EL PACIENTE: Pues yo lo que tengo es pinolillo y tos nochera. Ya me han recetado quién sabe cuántos jarabes pero no se me quita.

LA MAMA: ¿Fumas?

EL PACIENTE: Ya no.

LA MAMA: ¿Cuánto tiempo hace que dejaste de fumar?

EL PACIENTE: Ya va para los cuatro meses.

LA MAMA: Pues mira, todos las noches tómame un vaso de leche con seis o siete cucharadas de miel de enjambre. La leche tiene que estar casi hirviendo. Tómatela lo más caliente que puedas y a traguitos. Luego haces un merjurje de glicerina, azufre y alcohol y te lo untas por fuera en el buchi, santo remedio. En la mañana no te bañes, sino hasta la noche antes de la friega; ¡ah! ponle a la leche unas gotitas de limón.

EL vendedor: Señorita, ¡el doctor va a tardar mucho me doy una vuelta más tarde.

LA ENFERMERA: No, no, ya no tarda nada. Usted sigue del señor. (Señala al paciente)

EL PACIENTE: No, no. Siempre no voy a ver al doctor, mejor voy a hacer la receta que me dio la señora. (A la mamá) No me ha dicho en que cantidades tengo que hacer el menjurje que me voy a untar. (Suena el teléfono)

LA ENFERMERA: (Contestando) Consultorio del doctor Gutiérrez.

LA MAMA: Mira, para tres sobrecitos de azufre son tres cucharadas soperas de...

LA ENFERMERA: (Al teléfono) Sí, cómo no, ahorita se la paso. Un momentito por favor. (A la mamá) Señora le hablan por teléfono.

LA MAMA: (Al paciente) Discúlpeme un momentito por favor. (Al teléfono) Bueno, sí, sí, como no, claro que ya sé quien sí, sí entonces lo que se te olvidó es la fuerza del hombre, el aceite quemado y grasa de carnero. De nada, de nada. Sí, sí, sí ¿y que tiene? Sí, ¿Cuántos años tiene? Ah, pues está muy chiquito para que le des el palo blanco en vino de ayale, no, no. Es que no le has de haber dicho la edad que tiene el niño. No, no, mira dale la tumbacasa cocida con mucha azúcar de la negrita eh, no le vayas a dar azúcar refinada porque no es buena para remedios. Haces el cocimiento, no, no, los bracitos, arrancas bien las hojas porque amargan. Bueno, pues haces el cocimiento y lo dejas que le pegue el sol tres días y se lo comienzas a dar con una cucharadita de café, una antes y otra después de cada comida. Sí, qué bueno que estás apuntando. Sí, sí, pues eso sí que no sé, ¿tu mamá? no pues, tendría que verla. Sí, por mí sí; claro me la puedes traer al consultorio. Bueno, sí, mañana; tráela arropada con una cobija. Bueno dile que yo también la saludo y que ya mañana nos conoceremos personalmente. Andale, andale, no hay de qué, sí, sí, adiós. (Colgando. Al paciente) Bueno, pues mira: amasas bien todo eso y lo echas en un pomo y lo tapas. Cuando te lo vayas a poner sacas un poco y le echas un chorro de alcohol y te lo enjarras bien.

EL PACIENTE: Señora, pues muchas gracias, voy a seguir al pie de la letra sus consejos y le voy a decir a mi tío que comience a tomar las cáscaras de apomo. Gracias. (A LA ENFERMERA) Hasta luego señorita, gracias.

LA MAMA: Andale m'hijito, que te vaya muy bien. (Al vendedor) ¿Usted también viene a consultar?

EL VENDEDOR: No señora, soy representante de los laboratorios Esculapio de México, somos fabricantes de las mejores medicinas de patentes nacionales y extranjeras. Por cierto que estoy admirado con todo lo que usted sabe de remedios caseros; que dicen que son los mejores.

LA MAMA: Los mejores, sí señor. Soy hija de hierbero, y no me apena, a mi hijo el doctor... soy la mamá del doctor Gutiérrez, no le gusta que lo diga y mire usted, todo lo curan las hierbas, hasta la mala suerte.